



Marilyn Monroe en la fiesta presentación del rodaje de *The misfits*

Anoche

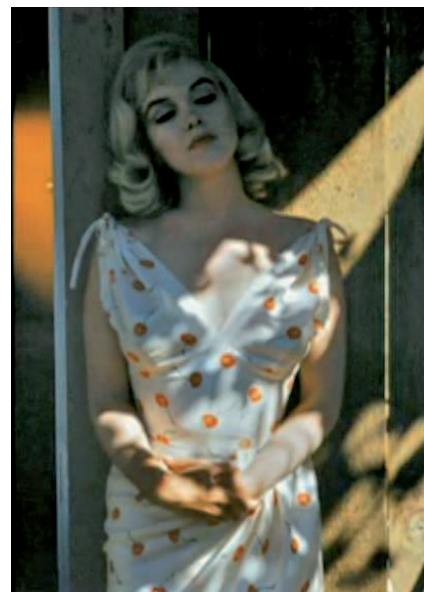
José L. Canti

Tenemos un problema con las distancias. De muy diversa índole y escala. Existe la palabra “ayer”, que cuando se la ve entrecomillada hasta parece llena de faltas de ortografía y parece más una cosa que una palabra. En el medioevo la palabra evolucionó en el gallego hacia *anoite* –el *ontem* portugués para tal término-, y más que el día anterior, del *ayer* apenas nos separa la última noche de sueño, el último desdoble entre el subconsciente y el despierto consciente. Es una división temporalmente muy cercana, pero también está llena de milenios, porque para ello existen expresiones como los “ayeres” o “la noche de los tiempos”. También existe “hace un rato”, “hace unos minutos”, “hace un montón de tiempo, de siglos”; en definitiva, el pasado: superada cierta escala más allá de nuestro nacimiento, deja de haber memoria propia, sólo aprendida –adquirida- y mil veces mal aprendida, relatada, visualizada, reconstruida. Pero estos planos de temporalidad –si obviamos los museos arqueológicos, los libros y las fundaciones- están en el presente del territorio, para el que el *ayer* es sólo un desgaste de los restos físicos, una construcción tallada que nos llega hasta ahora en forma de imposible. Cuando una moto de *cross* utiliza la ligera elevación de un dolmen, cubierto como una teta de tierra hace miles de años, y deja los surcos de sus cubiertas una y otra vez laminando la herencia de todos, ni siquiera una noche de mal sueño

nos separa del acontecimiento; es *hoy* mismo, sin solución de continuidad, que ambas realidades se entretengan y manejan, en un espacio constituido por un inmenso síndrome de Diógenes que son nuestros territorios. Allí se acumula la basura del pasado; las puntas de flecha o las monedas, las pintadas pinturas de las cuevas, los ídolos y los huesos, los botones y las joyas, los peines y las vasijas, y hasta la base cerámica de ladrillos y tejas romanas los puedes apartar de los caminos con pequeñas patadas. A este escombros o desperdicio y su ambiente –además de a muchas otras cosas-, llamamos patrimonio. Alguno medio entero, casi entero; otro más sutil y difícil de ver, los nombres de las tierras, de las haciendas, de los arroyos y los accidentes, nos acompañan en el libro de las palabras del tiempo. Poner todo esto al registro de unos estudiantes de arquitectura, viene siendo la labor de estos últimos años en una asignatura apunto de desaparecer –optativa, como si la distancia del tiempo fuera opcional para una sociedad que se traslada en un lenguaje de presentes cargados de futuro-. Las situaciones de Los Alcores y el primer arco del Aljarafe, que recoge la experiencia de este número doble que saca adelante la revista Edap, no dejan de ser una suerte de libros territoriales llenos de capítulos fascinantes, que todavía continúan explicando el espacio que habitamos desde múltiples puntos de vista. Valencina, con sus dólme-

nes, y su pequeño museo –próximo a los acontecimientos, y por tanto volcado en una ecología de la cultura con la ciudadanía, los niños que aprenden vocales y nosotros mismos, como universitarios-, plantea esta secuencia de imposibilidad por excesos de estímulos que a veces es el patrimonio que se nos aleja tanto en el tiempo. Desde allí, las ciudades a los pies de ese alto mágico, pura cornisa territorial en un valle tan llano y caluroso, ese pasillo estrecho y ritual del dolmen, esa posición tan soberana que ya tenían los muertos para los vivos en el pasado de hace mucho tiempo. Una gran torre de comunicaciones –telefonía móvil, señales radiofónicas o televisivas, un repetidor, no en vano, la palabra lo dice todo- plantea esa bisagra de temporalidades entre nuestro presente y nuestro pasado, que tan difícil es de comprender e interpretar cuando se está conviviendo en una única experiencia ambiental y temporal que es *la* presente, o sea, *el* presente feminizado o cambiado de género; basta girar el cuerpo ligeramente, y la historia de la humanidad se representa en un gran escenario que parece haber decorado un escenógrafo que está mal de la cabeza. El patrimonio no está limpio, y se presenta a un tiempo nítido y oscurecido y que sobre todo es el nuestro, y esto precisamente fortalece la aproximación a sus hechos y testigos: pequeñas mallas de simple torsión, basuras, grafitis, motos rampantes, olivos, torres tecnológicas y factoría militares; campos de tiro y campos para tirar, adosados que pisan dólmenes y cuyos cimientos caen sobre la oquedad que en otro tiempo fue un vientre terrenal y materno, devolución a la tierra del cuerpo y sus pertenencias. Nuestra contemplación habitativa del mundo circundante se constituye en un permanente y gigantesco montaje *photoshop*, donde todo está añadido, con procedencias dispersas y suturado cuando todo, alcanzando el debido tono de color –en este caso no lo facilita un software, sino el sol de cada momento-, se acopla en una única imagen que es con la que orientamos la visión de nuestra realidad. Esta técnica, será luego reinvertida y precisamente, las acciones propias del espacio de la intervención por parte de los estudiantes, acondicionan suelos virtuales, espectadores que no han estado, gente que pasa en bicicleta, pequeñas piezas amables que som-

bren las rutas de la cultura y el patrimonio, para esta vez sí, acoplar una virtualidad que quiere ser virtud en su propuesta; a ello todavía, denominamos por vicio, proyecto. Pero hemos, tal vez, perdido para siempre la posibilidad de un formato *Atlas*, que se distanciaría de este principio anterior; sobre el atlas se sostiene la cabeza y la bóveda celeste, su principio no está aún expropiado de lo humano, y maneja una complejidad que necesariamente es interpretada a cada momento. Sus páginas son secuencias ordenadas de una composición superior que tiene enormes dificultades de ser percibida a golpe de vista, de una sola vez. Es un camino de la invisibilidad o de la no visibilidad con la que tomamos refugio a través de la fragmentariedad y los estímulos de la realidad. Así, los trabajos de los estudiantes llevan este formato intelectual a un lejanísimo reflejo genético de la actividad de la cultura como una suerte de biología del pensamiento, y son los desgloses de la geografía y el territorio los que más titubeos, reiteración o problemas de especialización tienen: es un mecanismo de préstamo –impropio, porque no es propio de ellos- y en el que mantienen el convencimiento de la transitoriedad del ejercitarse, puesto que realmente saben que el mundo está cifrado en el video tembloroso de un camino recorrido, en el filtro de color de una imagen que se anisa, para ya ser otra cosa, una nueva realidad o conocimiento. Para el atlas, la flor del anís estará en una página diferente de la página en la que está la tierra en la que brota y para el estudiante, anisar una imagen es la función técnica mediante una paleta digital de filtros por la que acalora una imagen para traerla a su imaginario: la transformación es una quiebra global de los sistemas de representación y de las sensualidades territoriales, que creíamos mantenían una correspondencia cognitiva organizada. Ellos van a gestionar el patrimonio de las futuras generaciones, ¿cómo organizar esta encrucijada? Hay que reconocer la escala de esta situación, primero de todo. Y luego, hay que articular una enseñanza donde la experiencia propia del estudiante esté antepuesta a casi todo: crear emociones quizás sea un servicio docente imprescindible hoy para articular procesos de acción: nuestros autobuses y los desplazamientos territoriales son hoy quizás decisivos sobre



Marilyn Monroe en la fiesta presentación del rodaje de *The misfits*, en *Últimas sesiones* (TVE2 12-03-2011). Dormitorio de M.M. Registro forense. Colección Greg Schreiner

todo por la dificultad y sospecha y malestar que están alcanzando dentro del cotidiano docente; parece como si salir al exterior fuera desproteger a la institución y generar ruidos molestos dentro de sus académicas pizarras; pero el nuevo atlas deshojado está más que nunca en las ventanillas de los autobuses que registran nuestro territorio, con sus fantasmas, patrimonios y salvaduras. Una segunda cuestión a seguir a la anterior: las habitaciones de los estudiantes, como las nuestras propias –en el sentido de V. Woolf y más adelante, de Cacciari-, están siendo sometidas a un proceso de externalidad sin detención, y hay que establecer un referente docente en este fenómeno que nos atraviesa a todos. La externalidad está siendo la nueva fórmula de transferencia entre la esfera de lo privado e íntimo y la gestión pública: de ella se derivan, además de una futura nueva relación con lo político, una nueva capacidad de conocer -que ya es espacio de una identidad generacional, la

de los estudiantes de éste y de muchos otros sitios, y que ha transformado la biblioteca en red social-. Un paréntesis: (Una vez más, los autobuses han prestado un gran servicio a las recientes revoluciones en el ámbito de África del norte, mientras la crisis financiera del mundo avanzado ha sido el espacio interiorizado más opaco de los últimos siglos: dos modelos que chocan frontalmente se resuelven en esa paulatina externalidad de la habitabilidad contemporánea que está siendo clave de nuestro nuevo atlas cognitivo presente, y que impactará al patrimonio de las próximas décadas). Una última dificultad que concurre en las propuestas docentes de este bienio que se muestran en la publicación, y con ello, volvería al inicio del escrito: este fenómeno de externalidad está intoxicada de futuro, tiene su éxito en el futuro, pero también, su enfermedad. La alta velocidad con el que los contenidos docentes se están amontonando con los acontecimientos, es prácticamente única en la

historia de la universidad si exceptuamos, por voto de confianza, las revoluciones. Por ello, el encuentro con el ayer en el escenario patrimonial es muy problemático para estudiantes y profesores; hablamos de temporalidades entorno a los 5.000 años que actualmente atraviesa su techo con desparpajo, desgasta y rotura una moto haciendo *cross* con sus correspondientes cabriolas, como es ya de sobras conocido en los montículos dolménicos de los Alcores. Esta problemática concreta de la distancia temporal, se minimiza o casi desaparece cuando contactamos con el patrimonio industrial, o en el patrimonio contemporáneo, porque la burguesía europea ha irrigado durante dos siglos un sistema de reconocimiento y proximidad que llamamos moderno, y que acerca el entendimiento bajo un soporte social y una herencia de memoria colectiva que ya se ha extinguido, por el contrario, en el dolmen para siempre, y que el especialista no puede puentear en el circuito del imaginario colectivo. El presente es un problema de compatibilidad escenográfica, donde organizar el trabajo determina siempre una altísima carga intelectual, creativa y propositiva. Recuerdo el camino con los estudiantes desde Gandul a Mairena, en los Alcores, con Roma, con el ferrocarril del pan dismantelado y cedido a una encantadora senda por donde transcurrimos; el impresionante campo de palmitos y las nopaleras ya leñosas, antiguas como la leche, que nos trasladaban en cualquier momento a México; los dólmenes, los mausoleos romanos, los eucaliptos, la antigua cárcel de mujeres, el campo de prácticas de los tanques de guerra que luego rodarían en escenarios de todo el mundo; las vallas una vez más, las parcelaciones ilegales y Mairena –llevábamos tres horas de camino- al fondo. Estas son rutas patrimoniales, pero confieso que a veces es más verosímil el señor arrugado como una pasa buscando espárragos que siempre te encuentras en esos lugares, que esas misteriosas construcciones que hablan de un rito con el cosmos y una reverencia con la tierra de la que socialmente estamos expropiados. En este sentido el trabajo acerca de una cultura material que nos hermana con los hombres y mujeres de los ayeres milenarios es imprescindible como aproximación para hacer presentes todos esos restos que ha compuesto un *photoshop*

inverosímil y delirante en nuestros territorios. La cultura masiva no ha perdido tiempo en dar una imagen estereotipada de ese tiempo, salvaje y rudo, que se contradice con sus industrias, sus cerámicas, abalorios y ritos. Lo salvaje se ha revertido sobre la contemporaneidad, y un nuevo estatus procede a formularse sobre estos antepasados y sus legados, que se ven permanente modificados por la aparición de lo científico y lo tecnológico puestos al servicio de la paleontología, la paleozoología, las formas de vida que se derivan de los restos, y aunque acunados en hipótesis, no dejan lugar a duda sobre los pequeños placeres –el vino, la cerveza, el licor- que llegan hasta el eco de nuestros días y perduran en nuestro presente continuo. Una nueva articulación, sin lugar a dudas derivada de la insostenible relación con el planeta que mantenemos, hará revisar todas estas civilizaciones en un sentido definitivo de proximidad –más bien de aproximación- a los imaginarios que pudiera encerrar. Todo ello está ahí, en pie, en nuestros territorios pendientes de acogida. Y precisamente el trabajo docente en relación con este patrimonio está en encadenarse con su contemporaneidad innata, aproximando medios e imaginarios. Nabokov, a través de su curso de literatura europea, nos ofrece un bello ejemplo de esta aproximación de temporalidad al presente de su época (mediados del s. XX) y al presente de las disciplinas, que es tan didáctico precisamente en un *curso*, es decir, en un espacio que ofrece recorrido por las cosas, viaje gnóstico –y de autobús- en un aula obsoleta: “*La literatura no nació el día en que un chico llegó corriendo del valle neanderthal gritando “el lobo, el lobo”, con un enorme lobo gris pisándole los talones; la literatura nació el día en un chico llegó gritando “el lobo, el lobo”, sin que le persiguiera ningún lobo.*”¹ Esta cita tiene una variada funcionalidad; es literaria *per se*, lo cual le da de inmediato un valor añadido; incorpora a los neanderthales (¡donde también existían *chicos!*) al espacio de la literatura, nada menos que al inmejorable honor de su inicio; y sobre todo desmaterializa cualquier aproximación primaria y primitiva a las sociedades humanas, tejiendo un espacio de sentimientos en los que empieza a caber no sólo el permanente frío, sino el sueño y la pesadilla, las carencias,

1. Nabokov, Vladimir: *Curso de literatura europea*. Ed. Círculo de Lectores. Pág 28.

necesidades y los deseos: abre la espita a una suerte de normalización de lo humano –especular con nosotros mismos- imprescindible para empatizar y a seguir, interpretar con vigor estas secuencias de nuestro pasado presentes en el territorio.

Primer punto y aparte –que sirva para terminar, lector- y que tiene que ver con las cuestiones didácticas con las que aproximarse a estos patrimonios; sostengo una perenne necesidad de establecer imágenes de nuestra proximidad para vincularnos con el pasado que establece grandes distancias de temporalidades –y máxima proximidad territorial, una suerte de la teoría de la relatividad que lleva adherida casi toda experiencia patrimonial contemporánea- y para ello pienso en dos momentos distintos de Marilyn Monroe que tienen que ver con hace 3.000, 5.000, 10.000 años atrás si se quiere, y que tiene que ver, si se quiere también, con el lobo gris del que habla Nabokov, y que nos vincula a una transformación por la vía del sentimiento, imprescindible para acceder a estos espacios del conocimiento. Las dos primeras son imágenes de M.M. cuando se presenta al rodaje de *The misfits*, con un traje estampado que luego volveríamos a tener ocasión de contemplar –esta vez en blanco y negro- en la película de Houston. Este estampado de racimitos de cerezas, no dista mucho de las pinturas de Altamira, que aparte de animales con sombras y relieve –aprovechando la topografía de las piedras-, cuentan con otras pinturas o más bien dibujos de pequeños detalles –literalmente estampados-, entretenimientos picassianos que hablan del pequeño excedente de tiempo que constituye el estado de ánimo y que muchos siglos después se constituiría en el centro de algunas vidas; esos pequeños racimos de cerezas estampados llevan escritos –además de todas las pericias sexuales-, al recolector nómada y al sedentario, especies arquetípicas que M.M. conocía de seguro a la perfección por su dilatado proceso de psicoanálisis, transferidas en su situación vital, demonios imaginarios, manadas de lobos grises que rodearon los sueños de la actriz. La otra imagen tiene que ver con

la habitación –el registro de la habitación- de M.M ya muerta. Esos objetos que tienen ya la necesaria misión de explicar en términos forense –y siempre foráneos- la vida de la persona ausente, de su relato irreversible, no son muy diferentes de aquellos otros objetos antepasados que nos hacen humanos; siempre hay un recipiente cerámico que tiene en su interior algunas de nuestras mejores historias que convergen en la noche de los tiempos y, anoche.